



**Aurora Egido**

## **Las primeras líneas del «Arte de ingenio» y la «Historia natural» de Plinio**

Universidad de Zaragoza

Cuando en 1642 salió en Madrid *Arte de ingenio, Tratado de la Agudeza*. En que se explican todos los modos y diferencias de Conceptos, su primer discurso «Penegirico al Arte, y al Objecto» comenzaba así:

Facil Es adelantar lo començado; arduo el inventar, y después de tanto cerca de insuperable: aunque no todo lo que se prosigue se adelanta

[Gracián, 2005]

Con las palabras que siguen a esa cita, Baltasar Gracián trataba además de indicar que, si los antiguos habían encontrado un método para el silogismo con la filosofía, así como un arte para el tropo con la retórica, no habían buscado, sin embargo, las reglas por las que se regía la agudeza, «remitiéndola a sola la valentía del Ingenio». El jesuita aragonés presentaba de este modo ante los lectores la invención de un arte de ingenio o tratado de la agudeza, hasta la fecha inexistente, añadiendo un

arte nuevo a los codificados desde siglos por la Antigüedad grecolatina. Pero no es nuestra intención hablar sobre un libro ampliado luego en 1648 con la publicación de la *Agudeza*, sino señalar la fuente de la que emanaban las mencionadas palabras iniciales de *Arte de ingenio*. Con ellas su autor hizo una nueva versión de un fragmento sacado del prefacio dedicado por Plinio el Viejo a César Vespasiano en su *Historia natural* donde acumuló además numerosas referencias al ingenio y al juicio así como a los autores ingeniosos. En él, decía lo siguiente:

Res ardua vetustis novitatem dare, novis auctoritatem, obsoletis nitorem, obscuris lucem, fastiditis gratiam, dubiis fidem, omnibus vero naturam et naturae suae omnia, itaque etiam non assecutis voluisse abunde pulchrum atque magnificum est

[Plinio el Viejo, 1995, t. I: 216]1

Como vemos, el jesuita aragonés rehizo ingeniosamente la cita pliniana, despersonalizándola y abstrayéndola. Pero aportó también algo más, pues, en esa recreación del texto clásico, trató de mostrar al tiempo que la invención partía siempre de la imitación, aunque a veces no se lograra avanzar en el intento. Cautela prologal que, sin embargo, no ensombreció lo que Baltasar Gracián quería comunicar a los lectores. Esto es, que su libro era ni más ni menos que un arte nuevo en el que se desentrañaban por primera vez en la historia las reglas de un ingenio que había ido dando señas de su existencia desde la Antigüedad.

La admiración del belmontino por Plinio el Joven, particularmente por su Panegírico al emperador Trajano, es bien conocida, no solo por las veces que lo cita en la *Agudeza* y en otras obras suyas, sino porque fue su punto de partida a la hora de escribir *El Político* don Fernando el Católico [Gracián, 1969, t.1: 40, 45, 49, 93, 1238, 131, 172, 210, 264; t. II: 32, 35-36, 103, 111, 133, 143]. El hecho de que tomara una cita de su tío Plinio el Viejo a la hora de empezar un discurso en el que hacía un panegírico sobre el objeto mismo de su *Arte de ingenio* no parece casual. Sobre todo si tenemos en cuenta que el concepto de panegiri solía ir vinculado en la obra del jesuita a Plinio el Joven. Engarzar dos homónimos situados en el tiempo -viejo y joven-, parecía agudeza nominal oculta, que casaba a las mil maravillas con el objeto del libro en cuestión y con la idea emanada del texto clásico recreado por el jesuita, pues en ambos casos se trataba de obras que pretendían abrir nuevos caminos a la invención. Sin olvidar esa gracia aludida en el mencionado texto pliniano y que el jesuita aragonés vio siempre como referente de su propio apellido.

La vasta erudición de Plinio el Viejo, recogida en su *Historia natural* a partir de la consulta de más de un centenar de obras y completada por la propia observación de su autor, encajaba plenamente con el sentido de la obra de Gracián, quien además pretendió, como el clásico romano, que la variedad fuera compatible con la unidad. Aparte habría que considerar que el autor de la *Historia natural* había tenido también, al igual que más tarde el jesuita aragonés, una visión crítica sobre su tiempo.

El alcance de la Historia natural de Plinio en las obras gracianas está por descubrir en toda su, amplitud, y tiene en El Criticón una proyección evidente, por el sentido totalizador de una obra de carácter universal sobre el hombre y el mundo pareja a la del clásico. Sobre todo si tenemos en cuenta la influencia que tuvo dicha obra pliniana en otro jesuita, el padre José de Acosta, donde alcanzaría además un sentido moral muy en consonancia con los libros posteriores de Gracián. Éste tomó como reclamo el mencionado texto del autor clásico a la hora de presentar su Arte de ingenio y la posterior Agudeza, presentándola como una suma sobre el ingenio, equiparándola así a la Historia natural del mundo, concebida como suma del saber.

La unión de filosofía natural y moral en la obra del jesuita belmontino es evidente desde El Héroe, pero salta a la vista en El Discreto, en cuyo último realce, al trazar las líneas ideales de la vida del hombre en sus distintas etapas, dice:

Pasó a la Filosofía y, comenzando por la Natural, alcanzó las causas de las cosas, la composición del universo, el artificioso ser del hombre, las propiedades de los animales, las virtudes de las hierbas y las calidades de las piedras preciosas. Gustó de la Moral, pasto de muy hombres, para dar vida a la prudencia

[Gracián, 2005: 361].

De este modo, el curso vital se proyectaba hacia el pasado sobre todos y cada uno de los libros anteriores de Gracián, pero también sobre el futuro Criticón, cuyos parámetros ya aparecían trazados en esas líneas de El Discreto. Pues, en efecto, El Criticón llevaría a la práctica esa parte del programa graciano a través de la peregrinación de Andrenio y Critilo, partiendo precisamente del origen y composición del universo, así como de los del hombre y los demás seres y cosas de la creación, para pasar después a analizar el decurso de la filosofía moral a lo largo de su camino por la vida.

El resurgir del naturalismo en el siglo XVI fue fundamental, según sabemos, en el Renacimiento, tanto en la filosofía como en la literatura posterior, yendo unido al descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo. La Historia natural y general de las Indias, de Gonzalo Fernández de Oviedo, y la Historia natural de Nueva España, de Francisco Hernández, dan buenas señales de ello, pero sobre todo la aparición de la Historia natural y moral de las Indias, del jesuita y teólogo José de Acosta [Ayala, 2005: 20, 19-37]. Ya en la obra de Oviedo, la Historia de Plinio el Viejo fue un punto de partida que le permitió, con la ayuda de todas las disciplinas, además de con su propia experiencia por aquellas tierras, trazar el nuevo y doble historial del territorio americano. Método científico de observación añadido al del estudio, que también siguió el protomédico de las Indias occidentales, Francisco Hernández, y que, dicho sea de paso, también aplicó Gracián en su trabajo sobre la agudeza ingeniosa. Téngase en cuenta además que Francisco Hernández tradujo la Historia natural de Plinio antes de escribir su propia obra, resaltando

precisamente esa misma voluntad de adelantar lo comenzado con la que Gracián iniciaría años después su *Arte de ingenio*.

Pero la obra que muestra más interés en relación con Gracián es, como decimos, la del jesuita Acosta [1954], quien en su tratado *De natura Novis Orbis* (1581), enviado al general de la Compañía de Jesús, Claudio Acquaviva, y completado en 1586, fue publicado en Salamanca por Juan Foquel un año después y reimpresso luego en otros lugares como Colonia o Manila, saliendo más tarde en Sevilla, en la imprenta de Juan León (1590), la traducción castellana, con el título de *Historia natural y moral de las Indias*, editada y traducida después en distintos países de Europa<sup>2</sup>.

Esta obra merecería consideración aparte, por los paralelos que ofrece con *El Criticón* y otras obras literarias, al tratar su autor de ofrecer un libro nuevo «por ser juntamente de historia, y en parte Filosofía, y por ser no solo de las obras de la Naturaleza, sino también de las del libre albedrío, que son los hechos y costumbres de los hombres». Pero lo más significativo es el deslinde, tan jesuítico, que Acosta ofrece, de tejas arriba y de tejas abajo, pues, como diría más tarde Gracián en el *Oráculo*, 251: «Hanse de procurar los medios humanos, como si no hubiese divinos y los divinos como si no hubiese humanos». Regla del gran maestro San Ignacio de Loyola, y a la que, a juicio del jesuita aragonés, «no hay que añadir comentario».

La división de la obra de Acosta entre lo que toca al cielo y lo que atañe a los elementos naturales, al hombre y a sus hechos, vale decir, entre los libros dedicados a la historia natural y a la moral, objeto de su libro, casaba así a la perfección con los presupuestos de la obra graciana. Que este jesuita buscara además hacer un libro de verdad sobre el continente americano, opuesto a la ficción caballeresca, es también asunto de interés, por lo que supone de concomitancia entre la obra de Acosta y la de Cervantes, en claro paralelo erasmiano con la línea marcada, en relación con la historia, desde Jerónimo Zurita a Baltasar Gracián [Egido, 2000: cap. VII]. La evidente fidelidad a la *Historia natural* de Plinio marcada por el padre Acosta, en concomitancia con la de Oviedo, que había aspirado precisamente a convertirse en el Plinio del Nuevo Mundo, marcaría un sendero de largo alcance en la historiografía posterior.

El binomio natural y moral de José de Acosta tuvo una proyección crítica que alcanzaría siglos después a la obra de Alexander von Humboldt, como ha demostrado Sandra Rebok [2001, t. II: 3, 1-13], incidiendo en los presupuestos de la «cadena del ser», que todos los avances de la ciencia conforman, al ir uniendo sus eslabones con afán de progreso. Erudición y ciencia se dan así la mano para constatar los avances de la geografía física, objeto de las investigaciones de Humboldt, quien tenía, como Cervantes en *El Persiles* y Gracián en *El Criticón*, un concepto totalizador del hombre, integrado en la mencionada cadena del ser. Convertido el sintagma en paradigma, dicha cadena no solo ataba a los seres de la creación, sino a la literatura y a la ciencia, que, en un doble juego entre pasado, presente y futuro, va tratando de adelantar lo comenzado a la busca de novedades.

Aparte de las ediciones latinas de la *Historia natural* de Plinio, la traducción al castellano por Jerónimo de la Huerta en el siglo XVI debió ayudar al mejor conocimiento de la mencionada obra del padre Acosta,

sirviendo a su vez para la propia tradición jesuítica de la materia además de para su lectura en los colegios jesuíticos repartidos por el ancho mundo. En ese sentido, habría que considerar también la impronta de los jesuitas expulsos, que pasaron al otro lado del Atlántico. La Compañía, establecida en tierras americanas desde 1572, ofrece, en la figura del padre Juan de Velasco, con su *Historia del Reino de Quito* (1589), otra huella más de la obra de Plinio, enlazada con la de Acosta [Hachim Lara, 2006]<sup>3</sup>. El hecho de que la *Historia natural* del clásico romano contuviera, entre otras muchas cosas, relaciones de mirabilia, así como noticias abundantísimas sobre geografía y sobre el carácter de numerosos pueblos, sería también decisivo para las descripciones literarias, en particular cuando se trataba de lugares exóticos y lejanos<sup>4</sup>.

Aunque el asunto requeriría, como hemos dicho, mayor atención por lo que atañe al *Persiles* cervantino y al *Criticón* graciano, lo cierto es que la cita de la *Historia natural* de Plinio con la que el jesuita aragonés comenzó su *Arte de ingenio* fue el primer eslabón con el que éste configuró su propia cadena formada por las agudezas conceptuales que se habían ido consolidando desde la Antigüedad grecolatina y a las que él dedicaba un tratado donde, por primera vez en la historia, se desentrañaban sus reglas.

La frase liminar pliniana resucitó curiosamente al cabo de los años en una carta de Benito Jerónimo Feijoo, quien la retomó de la *Historia natural* para defenderse de la impugnación que se había hecho de sus escritos. Allí, entre los argumentos que esgrime en contra de determinados adversarios, dice:

Pero tratar materias, que otros no han tocado, o en las que ya han tocado otros abrir diversos rumbos, ilustrándolos con nuevas reflexiones, fortalecerlas con otras pruebas, o proponer las mismas, que se hallaron escritas, con mayor eficacia y claridad, tiene las dificultades, que con elegancia explicó Plinio el Mayor, cuando en el Prólogo, o Dedicatoria de su *Historia Natural*, dijo: *Res ardua vetustis novitatem dare, novis auctoritatem, obsoletis nitorem, obscuris lucem, fastidis gratiam dubiis fedem*

[Feijoo, 1760: t. V, carta XXII, 360-367]<sup>5</sup>.

Feijoo ampliaba la cita añadiendo observaciones sobre lo difícil que es tanto «renovar con algún acierto lo antiguo, ya en la substancia, ya en el modo», como «producir de nuevo», comparando el hecho con «la habilidad de rejuvenecer un anciano, que la ficción mitológica atribuyó a la Encantatriz Medea», pues ello equivaldría a resucitar a un muerto.

De Plinio a Alexander von Humboldt, pasando por el padre Acosta y los historiadores de Indias, las citas del *Arte de ingenio* graciano y la de la carta del padre Feijoo, tomadas de la *Historia natural*, remiten a un mismo horizonte de clasicidad recuperado por el Humanismo y que ha servido de cimiento a la cultura occidental hasta nuestros días. Es decir, a la construcción de una larga cadena en la que unos eslabones se anudan remitiendo a otros para, a su vez, proyectarse hacia delante, en un doble

juego de tradición y originalidad que, tanto en el campo humanístico propiamente dicho como en el científico, tenía y tiene sus raíces en los clásicos grecolatinos.

Al publicar en 1648 la *Agudeza y arte de ingenio*, ampliada con nuevos conceptos y autores, Gracián siguió fiel al tributo pliniano, pero introduciendo a continuación una variante en el sintagma. La frase inicial graciana del libro de 1642. «Contentáronse con admirarla, no passaron a observarla, con que no se halla reflexión quanto menos definición», fue sustituida, en el de 1648, por: «Contentábanse con admirarla en este imperial epigrama del príncipe de los héroes, Julio Cesar, para ser merecedor de todos los laureles», colocando después la correspondiente cita latina con la que probaba sus argumentos. El nuevo libro prescindía así de una buena parte del discurso inicial del anterior, remitiéndose a probar con nuevos ejemplos la verdad de un arte nuevo descubierto por su autor [Gracián, 2001: 310].

La existencia de *Arte de ingenio* ya no requería mayores precisiones sobre la materia en el nuevo, aunque la agudeza viniera enriquecida, según vemos, con nuevos ejemplos como el mencionado o con otro de Lupercio Leonardo de Argensola, que venía a renglón seguido. Al jesuita le interesaba en su segundo libro aportar sobre todo nuevas pruebas que enriquecieran un tratado tan novedoso como el suyo, el primer arte en la historia dedicado al ingenio. La cadena conceptual se enriquecía de este modo con otros testimonios, haciendo verdad el presupuesto pliniano retomado por Gracián: «fácil es adelantar lo comenzado», aun a sabiendas de que «no siempre lo que se prosigue se adelanta». El jesuita buscaba, con estas palabras, una benevolencia por parte de los autores, presente ya en la dedicatoria de Plinio al César. Esto es, asumiendo la evidencia de que no todos son capaces de avanzar por los arduos caminos de la invención, pero que tal vez la grandeza del intento resida simplemente en ese primer impulso imitatorio, necesario para poder avanzar. Pues, como dice la *Agudeza* líneas más adelante, prefigurando así el camino del conocimiento iniciado por Andrenio en *El Criticón*:

Nace el hombre tan desnudo de noticias en el alma, como en el cuerpo de plumas, pero su industria y su trabajo le desquitan con ventajas

[Gracián, 2001: 311].

Doble juego filosófico -natural y moral- que, en cierto modo, también es otro tributo graciano a la *Historia natural* de Plinio el Viejo, recreada luego por el Humanismo con el añadido de los presupuestos morales. La frase del prefacio pliniano ofrece, desde el siglo I hasta las puertas del siglo XX, unas pautas de acción que tal vez puedan servir en el XXI, tanto para la creación literaria y la investigación científica como para la agudeza vital de acción. El mismo Plinio había añadido, a propósito de las dificultades implicadas en tratar de añadir alguna novedad a lo viejo: «Por esso nosotros, aunque no lo hayamos conseguido, es harto hermoso y magnífico habérmolo propuesto».

Las primeras líneas del *Arte de ingenio*, retomadas luego en la *Agudeza*, no

fueron solo un tributo a la Historia natural de Plinio y a cuanto ésta había significado a través del tiempo, sino toda una poética en la que Baltasar Gracián quiso insertar un arte conceptual nuevo, mostrando que los caminos de la invención implicaban siempre la capacidad de superar los más sencillos y cómodos de la imitación.

## Bibliografía

- ACOSTA, J. (1954), *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, B.A.E.
- AYALA, M.<sup>a</sup> de la L. (2005), «La historia natural en el siglo XVI: Oviedo, Acosta y Hernández», en: *Estudios del Hombre*, 20, pp. 19-37.
- EGIDO, A. (2000), *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, Madrid, Castalia.
- FEIJOO, J. (1760), *Cartas eruditas y curiosas*, Madrid, Imprenta Real.
- GERBI, A. (1978), *La naturaleza de las Indias Nuevas: De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, México, FCE.
- (1993), *La disputa del nuevo mundo*, México, FCE.
- GRACIÁN, B. (1969), *Agudeza y arte de ingenio*, Correa Calderón, E. (ed.), Madrid, Castalia.
- (2001), *Obras completas*, Egido A. (introd.), Sánchez Laílla, L. (ed.), Madrid, Espasa-Calpe.
- (2005a), *Arte de ingenio. Tratado de la Agudeza*, Egido, A. (ed.), Zaragoza, Gobierno de Aragón - Institución Fernando el Católico.
- (2005b), *El Discreto*, Egido, A. (ed.), Madrid, Alianza.
- HACHIM LARA, L. (2006), «El modelo de la Historia natural en la Historia del Reino de Quito de Juan de Velasco», en: *Documentos Lingüísticos y Literarios Revista Electrónica [on-line]*, [www.Humanidades.Uach//cl/documentos\\_lingüísticos/document](http://www.Humanidades.Uach//cl/documentos_lingüísticos/document).
- PLINIO EL VIEJO (1995), *Historia Natural. Libros I-II*, Fontán, A. et al. (eds.), Madrid, Gredos.
- (2003), *Historia Natural. Libros III, VI, y Libros VII a XI*, Madrid, Gredos.
- REBOK, S. (2001), «Alexander von Humboldt y el modelo de la Historia Natural y Moral», en: *Alexander von Humboldt im Netz*, II, 3, pp. 1-13.

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

